

Don Leopoldo Herrera, Maestro Ejemplar

Por

CELIA ORTIZ DE MONTOYA

EL 15 de Noviembre de 1963 celebramos en la Asociación de Ex-Alumnos de la Escuela Normal de Paraná *Leopoldo Herrera*, el centenario del natalicio del inolvidable maestro¹. Intimamente convencida de no alcanzar a trazar la egregia figura del Maestro de Maestros, eminente, múltiple cual exigiría su talla y los setenta y cuatro años de lidiar sin desmayos por elevar la cultura de su patria venerada, me sentí obligada a no escatimar el homenaje que la justicia y la lealtad demandaban.

Dos razones me asistían; en primer lugar la honrosa designación de la benemérita institución que la patrocinaba y el profundo convencimiento que al mantener viva la memoria de esas vidas ejemplares de quienes recibimos bienhechores e inolvidables influjos, no es sólo deuda espiritual insatisfecha, sino imperativo moral que sirve y servirá siempre para emularnos en la tarea diaria. Conocer el pasado es empezar a pensar en el porvenir, hacer conciencia de nuestra misión y retomar el hilo de los ideales de grandeza nacional que animó a sus actores. Ellos abrieron los surcos: a nosotros toca seguir cultivando la simiente.

Y por otra parte, como lo ha señalado Zubiaur, uno de los espíritus selectos de aquella hueste de educadores forjados en el ideal de

¹ En la sede de la institución, en Buenos Aires, tocóme pronunciar la disertación que en estas páginas reproduzco aproximadamente, con muy escasos retoques y precisiones. Indiscutiblemente es esa la fecha más aceptada, aunque Chavarría, en su valiosa obra *La Escuela Normal y la Cultura Argentina* ubica su nacimiento en 1864.

trasformar la masa ignara en pueblo conciente de sus destinos de grandeza nacional, bajo la inspiración sarmientina, *la mejor manera de honrar a los buenos servidores de la humanidad, no consiste en elevar monumentos a su memoria, sino en seguir sus huellas y cultivar sus ideas cuyos gérmenes ellos arrojaron en el surco de la vida, a fin de que produzcan mejores frutos.* Creo además, con Alejo Peyret, que los educacionistas, los maestros de escuelas, son los verdaderos héroes de la civilización, los atletas incansables del progreso, los mensajeros del porvenir, los reveladores de la verdad, los arquetipos de la justicia, los constructores del templo social, sobre todo cuando se entregan, como Leopoldo Herrera, a la educación con sentido misional y apostólico.

¿Más cómo vertir, me preguntaba, con fidelidad aquel acervo ideativo y moral, que palpitara en su vida y sus enseñanzas? ¿Cómo atrapar en el lenguaje que suele ser apenas la sombra de una realidad infinitamente rica y varia, sobre todo cuando dentro de los límites temporales y espaciales, pueden quedar valiosísimas vetas de su pensamiento? Mas, a pesar de esa profunda convicción, asumí, y reitero esa decisión, la tarea de trazar un breve bosquejo de aquella vida preclara, impelida por una íntima demanda interior de hacer justicia al maestro genuino, grande entre los grandes.

NIÑEZ Y FORMACIÓN HOGAREÑA

Es Villaguay, la pequeña ciudad capital del departamento epónimo, donde en un 15 de Noviembre (1863 o 1864), abrió sus ojos a la luz un niño, Leopoldo Herrera, en el corazón mismo de la Provincia de Urquiza. La población de escasa data y ambiente cultural asaz pobre, asentada en los acabos de las selvas de Montiel, fue el teatro de su infancia feliz. Tenía del fiandubay de esos lares, la urdimbre recia del alma y de los zorzales de sus montes ralos, la armonía interior hecha verbo. En las humildes escuelas primarias hizo su escolaridad íntegra. Ingenio agudo, al iniciar la edad juvenil, con sus 15 años, marcha al *histórico* Colegio del Uruguay. El muy famoso *heredero* de Urquiza, no satisface sus afanes. A poco está de retorno

en el hogar paterno. ¿Qué razones impelen al mozalbete a abandonar el Colegio donde tanta juventud patricia abrevaba sus ansias de saber?

Indiscutiblemente. Si el adolescente no había elegido el lugar de nacimiento, como todos los humanos, se eligió a sí mismo maestro. Lo será a carta cabal. Pues ¿qué razones mediaron para que le atrajera el renombre naciente de la Casa fundada por Sarmiento sobre el río magnífico? ¿Es que el imberbe jovenzuelo tenía aún pintadas en sus pupilas aquellas escenas que de niño de siete años contemplara, como Sarmiento en San Juan otrora? ¿Perduraban aún las fatídicas imágenes de los soldados de las montoneras de López Jordán, que como las de Quiroga en las provincias andinas, cruzaban en 1876 nuestra provincia, con sus huestes en son de guerra, lanzas y bayonetas en mano? Tras sí dejaban desolación, miseria, campos arrasados, tintos en sangre hermana. No en vano Sarmiento pudo decir en 1883 que los cimientos de su Escuela Normal, estaban asentados en tierras empapadas en sangre fratricida.

¿No es que en el fondo de su ser había surgido un miraje nuevo: cambiar las armas guerreras, destructivas, por otras que no trajeran muerte y miseria, sino vida y civilización? El sería campeón en esa lid. ¡No más bayonetas y lanzas! Libros, sí, niños con sus delantales blancos, bancos escolares, escuelas por doquier y un ejército de paz, de maestros, que en el recinto del aula labraran su corona de laurel pacifista, fecunda.

No más destrucción, armas mortíferas, sino alfabeto; amor al tra bajo redentor, que trae libertad, progreso, prosperidad, nunca atraso, miseria, barbarie. Tal el nuevo ideal de vida y el móvil fecundo que poderosamente se agita en su intimidad. Hay que aprender a esgrimir las nuevas armas invisibles pero efectivas. El quiere ser libertado a su manera.

Y abandona por segunda vez los lares paternos. Va camino a la Escuela Normal.

No le arredra el viaje con sus ocho días y sus noches, en carros de bueyes y vadear el río Gualeguay en botes, ni el peligrosísimo Arro-

yo Las Raíces con sus crecientes². Tampoco el cruce de las Selvas de Montiel, terribles, con sus leyendas de gente alzada, sus malevos, *lovizones*. Contemplando el arroyo y los pocos años del viajero, se nos antoja aventura similar, en cierta medida, a la de aquellas heroicas amigas de Sarmiento, cruzando mares desconocidos, llenos de incógnitas e inseguridades, con su título de maestras bajo el brazo, para enseñar el alfabeto a los ignaros. Va, como ellas, mecido nuestro personaje, por la esperanzada ilusión de ver realizados sus sueños de ser Maestro, tornar positivas las armas de lucha; no más destructivas, sino pacificadoras, civilizadoras.

¿Qué poderosos influjos gravitaron en tan acertada decisión?

Alguna vez dijo el protagonista, en gesto de veneración a la madre fecunda que le otorgara las credenciales para enseñar: *Si no hubiera sido Maestro me hubiera hecho un gauchito montielero*. ¿Es sólo el influjo de la escuela magistral, bajo el eminente maestro español argentinizado, la razón primaria y fundamental, de su éxito en la luminosa trayectoria de Maestro? ¿En qué circunstancias afinó la decisión juvenil, la *elección*, base de la acción plasmadora de la Escuela Normal?

Me inclino a pensar que *el crisol del hogar*, como sugiere la incomparable maestra y amiga dilecta, Bernardina Dabat de López Elitchery, es un factor que no puede ser descartado, en la fragua del carácter, cuando de *los Herrera* se trata³.

Efectivamente. Es en su hogar hidalgo donde se forja el fondo insobornable de su ser moral. Allí *Doña Rosa*, (como familiarmente la llamaran amigos y condiseípulos del joven aprendiz de maestro, y demás allegados), era un *deliciosa* mujer, vivaz, parlanchina, expresiva en grado sumo, sufrida en el quehacer diario, ejemplo vivo de actividad positiva. Junto al padre Francisco, parco en el decir, adusto y recto siempre, en donde bebió su sentido del deber y el hacer honesto. Reinaban en el hogar las costumbres sencillas; el amor al trabajo era un culto. Había que realizarlo a conciencia. De ese ambiente hogareño venía el cabal sentimiento de libertad lograda por el fiel

² *Los Herrera*, de BERNARDINA DABAT DE LÓPEZ ELITCHERY. Rosario, edic. Ruiz, 1942, pág. 21.

³ *idem*, *idem*, 24.

cumplimiento del deber. Era la posibilidad valedera para vivir en paz con su propia intimidad y con los demás seres que lo rodeaban, dentro y fuera del hogar. *Esa austeridad serena del vivir dentro de las normas trazadas por los tiempos, para la vida del ambiente*, era garantía de libertad personal, escribe nuestra guía, en nuestro intento de respirar un poco la atmósfera plasmadora del carácter. Allí está la piedra basal donde se forjó su carácter y las credenciales morales, que como los otros cinco hermanos —Francisco el segundo, Avelino, Martín, María Luisa y Virginia, la más pequeña—, fueron galardón de *los Herrera*. Escudo de nobleza moral de aquella estirpe de maestros, pues en verdad, estamos ante una *familia* de educadores de alcurnia.

Ninguna escuela pudo desatar el venero de tan fina y rica sensibilidad, como aquel hogar modelo. Tampoco la voluntad recia como el fiandubay de sus pagos natales, ni aquella su armonía interior cual la de los zorzales de Montiel, sello de su estilo. Y de esa reciedumbre moral, máximo estandarte de arquetípico Maestro. Fue y será en la vida y la tradición, en la memoria de sus discípulos todos, ejemplaridad viva de entrega al deber, a la causa que fervorosamente abrazara en sus años mozos, para elevación de los hermanos y dignificación de la Patria venerada.

Por eso lo tuvimos asentando sus reales en la ciudad que se mira en las aguas del río legendario desde sus hermosas barrancas. Pronto, como testimonian maestros y condiscípulos en ACTIVIDAD HUMANA, abrió brecha, por su inteligencia preclara, la rectitud en el obrar.

Mientras tanto, arraigaba en el hondón del alma joven, la firme convicción del sentido meduloso y esencial de ser Maestro; y, con esa generosidad fraternal, tan suya, no escatima esfuerzos para que también aquilaten sus hermanos la tarea docente y lleguen a Paraná a inscribirse en la escuela de sus predilecciones.

⁴ Año III, n° XXXI, Paraná, 1903. Allí leemos: *Sus primeros pasos en la escuela fueron luminosos, así lo afirmaban maestros y condiscípulos y gozaba de alto concepto ante el inolvidable y reputado educacionista José Ma. Torres.*

LOS ESTUDIOS MAGISTRALES Y SU FORMACIÓN MENTAL

La Escuela Normal que lo recibió en 1879, no era ya la *escuela niña*⁵ que Stearns entregó al avezado maestro español José María Torres. Abrió aquél las puertas con 30 estudiantes en 1871. En 1879 ya eran 144 los inscriptos, no todos exclusivamente varones, pues en 1880, egresaba la primera mujer, Violeta Lelong, y había otras dos en el Curso Normal. Quedaba rota la resistencia a la educación de la mujer, tan persistente en las primeras épocas (ver informe del Director, Imp. Cané, 1874-1883). En 1892 perviven virulentos opositores a la educación femenina, delatada e nel seno del Senado Provincial, cuando la minoría se resistía a elevar de categoría una escuela primaria femenina, bajo el pretexto de que: *No puede pretenderse, sin pretender un absurdo, que la educación de la mujer esté a la altura de la educación del hombre. Y arguyó: Como legislador, no soy partidario de las Stael, ni de las Madamas Roland, Jorge Sand, Aurora Dupin...; y no quería ser tildado de retardatario*⁹.

Cuando ingresó Herrera, habíase entrado, pues, a la segunda etapa, la de afianzamiento y definido progreso, no la difícil de la iniciación, debida a la ignorancia de época, los prejuicios y el fanatismo, que miraba con malos ojos las educadoras norteamericanas y aún a los educadores, cuyas dramáticas situaciones cuenta Alicia Houston Luiggi, como aquella escena del Director tres días con sus noches, revólver en mano en las afueras del cementerio para salvaguardar los restos mortales de su joven esposa de los tigres que merodeaban por esos lugares⁷. O aquellas del Director, vigilando el vivac de las tropas de López Jordán, por las noches, desde el observatorio de la vieja casona de la Confederación, mientras de día adiestraba los jóvenes estudiantes en el manejo de las armas.

Agréguese, todavía, la escasa inscripción por la intranquilidad

⁵ C. O. DE MONTOYA, *José María Torres y la edad de oro de la escuela normal*. S. Fe, 1962, pág. 59.

⁶ DIARIO DE SESIONES, *Cámara de Senadores*. Pcia. de E. Ríos, 1892, pág. 122 ver otras acotaciones, en mi ensayo *Alejandro Carbo, la esencia de su personalidad y su pensamiento educativo*, pág. 49.

⁷ ALICE HOUSTON LUIGGI, *Sesenta y cinco valientes*. Agora, B. Aires, 1959, pág. 131-132. Ver Educ. Nacional desde el 80, pág. 15.

provocada por las luchas civiles, la falta de material y comodidades del local.

Torres puso su empeño en darle jerarquía y lo logró. El año antes de egresar Herrera, 1883, el Ministro de Roca, Eduardo Wilde, pudo afirmar que era la más famosa de América Latina, en una pieza oratoria que hizo época⁸. ¿Razones? Sus métodos, disciplina, brillantísimo cuerpo de profesores, orgullo de su Director, pues las maestras norteamericanas rivalizaban con su aporte de los métodos más novedosos de enseñar, la habilidad para mantener la disciplina, con los sabios que como Scalabrini, Melicua y otros, trajeron todo el haber cultural y científico de la época. Y si Francis Allyn —la más bonita y simpática de todas, al decir de Rita Latallade de Victoria— recibió la tea de la Dirección de la Escuela Modelo de manos de la experta organizadora⁹ mantuvo el altísimo rendimiento. Bajo Torres, cuando Herrera recibió su diploma, merecía en 1884, aún esos títulos de la más elevada de las instituciones de Sud América. Y precisamente, en ese ambiente donde el orden, el estudio y la veneración por la *Casa*, era norma, el hijo dilecto de Villaguay, se forjó Maestro, y para toda su larga trayectoria ejemplar.

Tres asignaturas y sus ejercicios tuvieron gran repercusión en la formación de su espíritu: Las Matemáticas, el análisis gramatical y lógico y las Ciencias Naturales, integrando ese cuadro las actividades estéticas, los torneos literarios más allá de los muros del aula y la no menos cuidada educación física en el campo de deportes de la Escuela, complementando la educación integral, como, piedras de toque del carácter y la salud a toda prueba.

En Matemáticas el talentoso adolescente alcanzó gran destreza y fecundo manejo de sus contenidos —sobre todo del razonamiento estricto y la claridad mental que el cultivo de tales disciplinas aporta en la formación humana—, hasta tal punto que los comentarios a la sabiduría egipcia, por ejemplo, como en otros tópicos de metodología, se permitía exhibir asombroso saber estrictamente especializado, despertando genuina admiración entre sus oyentes en la Facultad de Cien-

⁸ Informes del Director, Imp. Biedma, 1883, pág. 7 Ver mi ensayo Cit. de Torres, pág. 62.

cias de la Educación de La Plata y todavía se pone de relieve en aquel alegato de 1903, defendiendo las Escuelas Normales ante el Congreso con riguroso método estadístico. Allí demuestra, matemáticas en mano, que un alumno normal no cuesta al erario nacional \$ 1.125, como abultadamente postulan las palabras del Informe Ministerial al Congreso de la Nación, induciéndole a error. ¿Es con el propósito de marcar un punto vulnerable en la estructura normalista que le era tan poco grata? Un alumno solo costaba a la Nación 61,81, sin estimar el costo de la instrucción de los niños que cursaban íntegramente el ciclo primario, en condiciones excepcionales de aprovechamiento, sin recargar un ápice los presupuestos nacionales o provinciales.

No menos significativa fue la formación lingüístico-literaria y la constancia de la ejercitación del análisis lógico del lenguaje, integrando el gramatical, tan severo que marcó época. Hizo de esas cátedras una tradición activa, hasta las primeras décadas del siglo XX, que dieron sello a la labor de sus hijos. Fue en verdad una suerte de lógica viva, en aquellas épocas en las cuales la asignatura "Lógica" no tenía sitio en los planes de estudio. Contribuyó largamente a la formación mental y disciplina del lenguaje, obligando a todos al pensar correcto y a la expresión precisa. Es, sin duda ilustrativo, releer artículos del periodista batallador —primero en las revistas de la época, luego en los editoriales de LA PRENSA—, para ver cómo tras la modestia, transparece en el decir enjundioso, para llegar a inferir cómo aquella *Lógica funcional*, vivida y bebida en aquel ambiente, llegó a desarrollar la penetración en el análisis y convergió a alimentar aquella austeridad estilística, tan llena de enjundia como galanura. No otros rasgos puso de relieve el conferencista en un revelador artículo de ACTIVIDAD HUMANA¹⁰, revista mensual en que eran redactores y asiduos colaboradores, los profesores normalistas y otras personalidades de las ciencias y las letras locales, encontramos el *canon estético* al que ajustaban sus producciones, firmado por José María Torres. Exhumado quizás con amor filial por sus discípulos, podría ser de Leopoldo Herrera. Hasta tal punto coincide con su modo habitual de expresarse. Dice más o menos

⁹ ALICE HOUSTON LUTGI, *ob. cit.*, pág. 116, reconoce que Susana Wade organizó la *Escuela Modelo*.

¹⁰ Artº. *Elegancia*, 1903 (II) Biblos, Azul, Enero-junio, pág. 153.

así: *El arte en cualquiera de sus formas no adquiere elegancia sino simplificándolo*. Y, en verdad, es la sencillez, el sello del estilo suyo. Por esa nota adquiere transparencia de mármol griego en algunas piezas, como el panegírico al Maestro dilecto. *José María Torres* fue pronunciado en 1895 y recién en 1925 vio la luz en virtud del homenaje que le rendían a Herrera sus alumnos¹¹. En *INVOCACIÓN A LA PATRIA* la esbeltez de la forma y la gravidez insospechada del contenido, adquieren su máximo vigor de cincel aquella sencillez.

Siempre vi en *INVOCACIÓN*, una profesión de fe republicana y democrática inimitable.

Es fervorosa, magnífica; palpita el ardor patrio, esculpido en verbo viril. Es un llamado imperioso a cada generación, invitándola a aprestarse a asumir su propia responsabilidad en la gran tarea común de labrar el futuro de grandeza.

Una majestad imponente circula en ella. Mantiene viva la emoción como si la voluntad de forma y la matemática poética de Poe en *EL CUERVO*¹², anticipara con Herrera su sentido. No en vano ninguno de nosotros hemos podido olvidar el impacto tremendo de la emoción que sacudiera nuestras fibras sensibles más íntimas, la vez primera que la recitamos en tono bajo y gran recogimiento, puesta la mano en el pecho: algo así como un fuego interior recorrió nuestras venas al escuchar aquellas palabras encendidas, armoniosas, llenas de sentido.

¿Qué decir del corte ático en que se ensalza al héroe civil, el maestro de escuela, que glorifica en *JOSÉ MARÍA TORRES*? Hay mucha semejanza de fondo y severidad en la forma, que trae a los labios el sabor del panegírico que Tucídides pone en boca de Pericles¹³, pronunciado en honor de los muertos en Samos. Esta vez el héroe no yace en los campos de batalla ni en el fondo de los mares. Es el Maestro que lucha y se desvive diariamente en recinto del aula y si bien no cosecha laureles ni honras militares como aquellos que mueren de batalla, con

¹¹ Con relación a sus condiciones relevantes de conferencista, léase el párrafo de *Actividad Humana*, Año III, N° XXXI, Paraná, Diciembre de 1903, que dice: *No ha mucho pronunció en el teatro 3 de febrero, encargado por el Centro Liberal de esta localidad, una conferencia sobre el liberalismo científico, que fue muy celebrada por los intelectuales.*

¹² *Filosofía de la Composición*, con *Eureca, Marginalia*, Buenos Aires, Emecé, 1944, pág. 253.

¹³ Ver *Guerras del Peloponeso*, Madrid, Jorro.

la espada en la mano, es también libertador a su manera. Y esa enjundia y armonía estilística fundida con una sabiduría cosechada en libros y experiencia de la vida, fue reconocida al asignársele en la Academia Nacional de las Letras, un sitio de honor.

Comprendemos hoy, como ayer, por qué Herrera no olvidaba nunca al Lord filósofo inglés. Pues como él, mielificaba como las abejas: recogiendo el néctar de muy diversas flores. No procedía como las hormigas que sólo amontonan el material que recogen; tampoco como las arañas baconianas (y de todos los tiempos), que sólo sacan de sí la substancia de su tela. Y la imagen retornaba fresca una y otra vez a sus labios, como aquella comparación entre antiguos y modernos de Vives. No, no éramos enanos ante los antiguos, sino gigantes por haber añadido los nuevos inventos y descubrimientos a los poseídos por nuestros antepasados. El era, a la vez progresista y celoso guardián de las glorias del pasado, para emularse en ellas y cumplir los deberes que cada generación trae consignados.

Colocados desde este ángulo de meditaciones, podemos penetrar mejor el sentido plasmador de las actividades estéticas de aquella etapa del normalismo argentino. Música, canto en coro, tuvieron no escasa función en los jóvenes alumnos: hizo los espíritus solidarios en las grandes empresas, aprendieron a marchar hombro a hombro cual huestes espartanas en las Termópilas, vinculados por un mismo ideal democrático y republicano e identificados en la tarea de institucionalizar el país sobre la base de la libertad y la tolerancia. Forjados bajo la égida de avezados conductores de juventud, a cuyo frente estaba José María Torres, vieron en las instituciones político-sociales, un legado histórico que debían afianzar y defender contra viento y marea y la educación era el punto de apoyo, la base de sustentación y de estabilización más segura.

No olvidemos, en esta instancia, la parte que tuvo en la formación definitiva y en la actuación pública de esa generación del 90 —Carbó, Herrera, Bavio, Zubiaur, Antequeda, y otros— las prácticas oratorias más allá de los muros del aula. Fueron famosas las fustas oratorias en lo de Escobar Bavio, verdadera piedra de toque para desenvolver posibilidades y latencias cívicas y humanas. Allí Carbó rivalizaba con Herrera en la facundia y la armonía en el decir. Bavio, impetuoso y

elocuente, terciaba con brillo. Allí destacábase Carbó por su voz metálica, argentinísima, sonora, que ejercía gran influjo. Herrera, por el tono templado y de hondas resonancias, apolíneo, enjundioso, lleno de sabiduría y serenidad. Bavio, con sus pathos dominadora, palpitaba al unísono, como fundidos en idénticos anhelos de autosuperación, mutua valoración y cordialidad a toda prueba. Juntos se sentían llamados a avanzar cantando en la lid, firmes y optimistas, con los ojos puestos en los arquetípicos educadores que tenían ante los ojos: Torres, Mellicua, Laurí, Soler, Scalabrini, por no nombrar sino los más señeros.

A propósito de Scalabrini, no podemos pasar por alto cuán decisiva fue su formación científico-filosófica en aquella hueste que luchó desde las bancas en Legislaturas provinciales y el Congreso Nacional, en el Consejo de Educación de provincias y de la Nación, en Inspección General, en la cátedra, el libro, la revista, el periódico.

A él le fue confiado el cultivo de las Ciencias Naturales y Físico-Químicas. Su indiscutible versación en todas las ramas de las ciencias—Botánica, Zoología, Anatomía Comparada, Antropología, Paleontología, Petrografía y demás ciencias colindantes—entusiasmaba con su fervor y su recia personalidad, empapada en las doctrinas de Darwin, Lamarck, Claudio Bernard, Haeckel, Comte, Spencer, a quienes citaba en sus obras fundamentales con señalada veneración, a veces; o con espíritu crítico, otras. Pero en definitiva portaestandarte del positivismo, no exento de algunos enjuiciamientos críticos¹⁴.

Además debe serle reconocido un sentido didáctico, pues al par de despertar interés y veneración por el saber, lograba encontrar el modo de cultivar con asiduidad, y a conciencia, la capacidad de observación directa, la comparación reflexiva, la verificación experimental y la expresión correcta de lo observado o inferido. Así lo estatuyó en un valioso trabajo, tan enjundioso como significativo para ese momento histórico, en su artículo MUSEOS ESCOLARES¹⁵. Por otra parte su desenvolvimiento al frente del Museo de Entre Ríos, fundado y dirigido por él,

¹⁴ PEDRO SCALABRINI: *Materialismo, Darwinismo, Positivismo. Diferencias y semejanzas*. Museo de Entre Ríos. Tipografía y Encuadernación *La Velocidad*, 1889.

¹⁵ *Idem Boletín de Educación de la Pcia. de Entre Ríos*. 1894. pág. 41-49. Ver cit en Alejandro Carbó, etc., cit, más arriba, donde se recalca el afán de romper con el esquematismo y el memorismo

donde se conservan las colecciones de fósiles descubiertas en las zonas adyacentes a Paraná, así como la primera colección clasificada de minerales y piedras de la región, hablan muy claro de su auténtico espíritu científico.

Inspirado una fe acendrada en el poder de la educación y el valor que las ciencias naturales aportan en el proceso de personalización. De ella tenía que venir, para estos optimistas del poder de las ciencias y del progreso, la transformación real del contorno social y humano. Aunque Scalabrini veía con toda claridad otra región del saber humano, donde el método de las ciencias naturales no tiene posibilidad de encontrar verdades, rechazando el materialismo extremo, adoptó en Metodología de la Ciencia, la experiencia, como Torres. ¿Su fin?, despertar el gusto por la observación de la realidad nacional, comenzando por el ambiente próximo y desterrar el estudio memorístico y formal. Lástima que esa veta valiosísima no siguió el curso de un desarrollo natural que tan optimísticamente veían asegurada. A ello contribuyó entonces, la euforia de los nuevos laboratorios instalados bajo Wilde, cuando se efectuó la ampliación del edificio de la Confederación, las colecciones y el gabinete de Historia Natural entonces inaugurado, tanto como las conferencias y excursiones científicas en los alrededores y barrancas, que culminaban en el coloquio público, aunque también el huerto escolar, el cultivo de los jardines interiores —pequeñísimos—. En fin, era una etapa en que con orgullo, el cetro estaba en manos de las Ciencias —Naturales o Matemáticas—, y en la que se creía llegado el momento de hablar de la *Facultad Normal* soñada por Torres, con Carbó en la Dirección de la Escuela y Herrera en la Vice-Dirección. Pero desde el Ministerio, y a través del emponzoñado Informe de Fitz-Simon, se creyó ver perdido el rumbo, cuando en verdad era el auténtico ambiente para plasmar una juventud con sentido de la realidad circundante y espíritu científico¹⁶.

¹⁶ Ver Exposición presentada por el Director de la Escuela Normal de Profesores del Paraná, al Excmo. Sr. Ministro de Justicia, Culto e Inst. Pca., con motivo del informe del Comisionado Especial don Santiago H. Fitz Simon y del Decreto del 30 de diciembre de 1891. Imprenta, Litografía y Encuadernación don Jacobo Peuser, Bs. Aires 1892.

HERRERA MAESTRO. SUS CALIDADES DOCENTES

Aquel aprendiz de Maestro recibió sus credenciales definitivas de manos del gran plasmador de hombres, en 1884. Sus sobresalientes notas y su sentido de la docencia le abre paso en la misma casa de su formación, junto a Bavio, Carbó y con ellos luchará sin tregua ni reposo, con la mismísima fe en el poder regenerador de la educación y la luz que trae consigo el saber y las ciencias. En todas partes luchan como aguerridos combatientes empeñados en retar a duelo la ignorancia, el atraso, las luchas fratricidas. Siempre firmes, lidiarán unidos, hasta el fin de sus vidas laboriosas, dejando tras de sí la estela luminosa de sus mentes preclaras: Herrera, Carbó, Bavio y entre ellos también otros entrerrianos ilustres: Antequeda, Zubiaur, sin contar otros no entrerrianos, pero solidarios en el quehacer docente y civilizador: como Víctor Mercante, Carlos Vergara y tantos otros. Maestros siempre. En todas partes Maestros.

¿Cuáles fueron las cualidades más privativas de don Leopoldo?

Ricardo Levene, ex-Decano, Profesor e Historiador, colega en la Universidad de La Plata, dirá qué es el *carácter*. Para él sobresale entre sus altas cualidades morales e intelectuales, por su firmeza sin explosiones, forjado vigorosamente de pasión y voluntad ¹⁷. Otros, como el Dr. Juan Godoy, sostiene que es la *modestia* y abona su tesis con una anécdota que debe ser reproducida fielmente, para no perder ni una pizca de sal. Escuchémosla de los propios labios del autor: *En una clase de Ciencias de la Educación, en la Universidad de la Plata, varios alumnos discutían sobre la enseñanza del latín en los Colegios Nacionales. Uno de ellos llamaba frecuentemente doctor al Profesor Herrera*". Oportunamente rectificó el catedrático, en parecidos términos: *Me da un título que no tengo ni merezco, pues soy apenas un modesto maestro de escuela*. Quiero subrayar la nota de extrema humildad: *ni merezco*. Sabido es que a poco andar, la Universidad en cuyos claustros ejercía la docencia, en mérito a su brillantísimo desempeño como catedrático y consejero lleno de sabiduría y espíritu de justicia, otorgó-le el título de *Doctor Honoris causa*.

¹⁷ RICARDO LEVENE, N° Homenaje, página 53. Sin pie de imprenta.

Y continuemos la anécdota del mentado autor: *Maestro, en efecto, pero en el sentido cabal y amplio del vocablo. Maestro de alumnos y profesores, dejó en la Escuela Normal de Paraná, hondas huellas como educacionista, como ciudadano y como hombre. Con una vasta ilustración, llevó la palabra definitiva entre sus colegas y fue la antorcha de sus alumnos*¹⁸.

Coinciden, pues, dos instancias: la del ex-alumno y la del Consejo Superior Universitario, consagrándole Maestro de Maestros, siempre Maestro en todas partes de jerarquía y excelencia. Así lo testimonian los treinta firmantes de los meditados trabajos que integran nombres de relevancia¹⁹, y cuantos frecuentaron sus cursos.

¿Cuál es, en verdad, la nota dominante? El doctor Godoy sostiene que Herrera es *un intelectual*, antes que un *afectivo*: *Supo conmover con la idea antes que despertar la emoción*. Sin negar su inteligencia brillantísima, para mí, a la inversa, es la *bondad*, la extraordinaria generosidad de su corazón, lo que realmente hizo su magisterio educativo tan fructífero²⁰. Fue la base de su sentido misional y del respeto a la persona en formación. Y quien dice bondad, alude a simpatía humana, amor al otro.

Tuvo, por ella aquel sutil candor que si bien entronca con su gran modestia —riqueza de hondura del corazón—, es hontanar de donde brota el encanto sin par de su enseñanza. La bondad vibraba en cada instante en sus labios elocuentes. Envolvía la palabra sabia en una suerte de frescura espiritual, que abría brecha en el ánimo oyente. Los saberes manaban como de hondísima fontana e iba creando una suerte de atmósfera alada, envolvente, de gran frescura y dignidad. Todo como si hubiera alegría en el poder brotar y derramarse, abrevando la sed ajena y sin duda también propia.

Junto a esa gracia en el decir, la coherencia interior, la hondura del pensamiento tenía en la vibración de la palabra viva, un sortilegio

¹⁸ JUAN A. GODOY, *Leopoldo Herrera, Comisión Pro-Homenaje a Leopoldo Herrera*, pág. 45. S. pie de imp.

¹⁹ Berta Wernicke, Pascual Guaglianone, Bastianini René y Delfina Damianovich, Renata Donghi, Alfredo Ferreyra, Mercante, Zubiaur, Senet, Rosario Vera Peñaloza, y muchos otros.

²⁰ Esta valoración de la bondad la comparte Guaglianone, Renata Donghi, Noemí Bisso, entre otros.

sugestionador por esa bondad mansa que se vertía calladamente y se subrayaba con el brillo de la mirada y la sonrisa paternal afectuosa. ¿No tendríamos que aludir a ingredientes constitutivos de la sugestión educadora? Lain Entralgo, que tanto ha hurgado en las entrañas del ser humano, nos hablaba recientemente de *mixtura de inteligencia y corazón*, para radiografiar aquella sugestión *bilateral*, vitalizadora, fecundante de la labor docente. ¿Qué otra cosa podrían decir sus oyentes, que tuvimos el privilegio de deleitarnos con sus lecciones?

Realmente, en el ritmo de ese doble movimiento, descubriase cómo de pronto nos sentíamos elevados hasta las alturas del saber del Maestro, como en el ágape platónico, y tener acceso a las fuentes más puras y legítimas de donde esa sabiduría manaba. ¿No era la verdadera *aletheia*, el descubrimiento, la visión de claridad, que merced a la luz magistral alcanzábamos? Ya junto, como en una nueva sístole que sigue a la diástole, el saber donante de perfecciones, cual *charitas* genuino, gratuito, darse al aprendiz devoto, extático, arrobado. ¿Quién no disfrutaba en sus clases de sana felicidad de sentirse creciendo dentro, hecha de amor al saber y veneración al maestro, por la gracia de saber prodigar sus riquezas espirituales en gesto paternal a los discípulos menesterosos de esos manjares imponderables? Así era el gesto magistral de Herrera, Maestro de Maestros. Enseñaba con el corazón en la mano, lúcida la inteligencia, fluido en el decir. Tal la esencia de la personalidad magistral de Herrera, Maestro insigne.

Generosidad, bondad, modestia, felicidad al sentirse prodigando sus hallazgos, es antípoda de petulancia y actitud tiránica. Lo patenti-za aquel su recato al proyectarse sobre el alma joven, como temeroso de herir la personalidad naciente, renuncia decidida a deslumbrar innecesariamente. Por eso el magisterio fue holocausto. Entrega total. Donación paternal de sus riquezas interiores, con esa gracia impalpable y purificadora.

Fue el suyo gozo de jardinero ante la promesa de futura floración, alegría paternal ante las mejillas sonrosadas del nuevo hijo espiritual. Su fervor docente contagioso, encendía anhelos recónditos de seguir su ruta, encontrar en el camino de la enseñanza ese placer de sentirse guía de juventud novicia.

Operábase así, multiplicación milagrosa de luces y amor al saber.

Aquel gozo de darse sin sufrir merma en los hallazgos interiores, era a la vez, desde el discípulo, alegría inefable de recibir. Realizábase, así, en el pequeño recinto del aula, la auténtica comunicación, vínculo cautivante y fructífero. Don Leopoldo, adelantase por su corazón y su bondad a Lombardo Radice. Como él elevaba en las propias alas el alma ignara del educando hasta las alturas conquistadas por él, al reite-
rar el hallazgo y fructificarlo.

No fue la suya técnica fría, sino vibración cordial, relevante, jerarquizada.

Poseía el divino *don de la simpatía*, reconoce Guglianone. *A él se debe, más que a ninguna otra condición, la eficacia de su enseñanza, así como su merecido prestigio, y a él lo mejor de sus recompensas, el profundo afecto de cuantos le han tratado, alumnos y profesores*²¹. Y se preguntaba qué sería de todo su saber, de su larga práctica, de su reconocida *preparación* (palabra tan traída y llevada por pedagogos embalsamados), qué sería de todo ello, si no poseyera el divino don de la simpatía...

Por ese ingrediente mágico, no fue la suya técnica sin alma. Herrera se diferenciaba de Víctor Mercante, gran maestro y de no escasa *pathos*. Pero creaba una distancia perceptible entre discípulo y maestro. Entre ambos desfilaba un saber muy grande también, pero inclusive demandaba, por momentos, el instrumental didáctico, puntero, pizarrón, sinopsis escritas con perfección y previamente. En Herrera, lección era simplemente comunicación espiritual, coloquio. Carbó gustaba más del estímulo hecho de interrogantes, acicateador. Herrera era siempre el guía paternal, generoso, feliz al darse.

No puedo sustraerme al evocar aquella figura venerada, recordar cómo al cruzar aquellos claustros adustos y oscuros de la Universidad de La Plata, con aquella vetustez con dejo medieval, solía detenerse ante algún estudiante humilde y con solicitud paternal inquirir por sí mismo, si las necesidades más urgentes del estudiante estaban satisfechas y si las noticias de los familiares eran tranquilizadoras, para ponerse a disposición en cualquier eventualidad, inclusive con ayuda de fondos. ¿Cómo olvidarla, si aquella su fineza me fuera alguna vez, tam-

²¹ *Un verdadero educador*, de Pascual GUAGLIANONE, en Leopoldo Herrera, *ob. cit.*, pág. 22.

bién destinada, como a alguna otra de mis compañeras que, como yo, iniciaron sus estudios por oportunos y circunstanciales consejos a los familiares? Nadie podía sentirse desamparado, desterrado en aquel mundo desconocido para el estudiante novel, con semejantes maestros con tan fino sentido de la paternidad docente y la gran bondad de fondo.

Había cosechado el fruto de los desvelos de Torres, cuando les pregonara: *Deben ser hombres completamente dados al servicio de la causa de la educación universal, hombres capaces de continuo desarrollo, de inagotable energía intelectual, amplia instrucción, cultura estética y penetración profunda, maestros que no sean solamente capaces de enseñar un número de verdades conocidas, sino verdades que abran ante sus discípulos las perspectivas de una infinidad de verdades desconocidas.* Herrera había agregado la calidez humana, su corazón sensible, por ello era él respetado en aquel cenáculo de grandes arquetipos que nuestro hombre andino que se llamó Joaquín González, eligiera para la Universidad Nueva.

No incluía su sentido educador la renuncia a la función disciplinaria.

Pero su disciplina no era la de la violencia a hacha y tiza, sin llamarse a engaño por el gesto. La ecuanimidad tenía rostro humano y dignitoso.

Muy claro estaba en él, el significado conductor de la educación. La exigencia de rectitud moral. Fue a través de su existencia, modelo, arquetípica personalidad de entereza moral, sin desfallecimientos. La exigía de sí y de los demás.

Una anécdota pintalo de cuerpo entero, en el momento inminente en que sorprende un acto de significación negativa, incorrecto, y ante él procede con firmeza. Estábamos en el aula habitual de Historia de la Educación, pequeña con su entarimado en anfiteatro ascendente. El bedel pasaba lista, pues la asistencia era obligatoria. Alguien dijo *presente*, contestando por un alumno ausente.

Herrera preguntó al punto: ¿Quién dijo presente? ¿Quién es fulano? (Permitidme olvidar el nombre aquel). ¿Quién es? —insistió mientras paseaba su mirada admonitoria sobre cada uno de nosotros. Se hizo un silencio de tumba, impresionante. Nadie respiraba. Y Don

Leopoldo continuaba recorriendo uno a uno los rostros. La voz había salido, justamente, de detrás mío, pero ¿cómo tornar la cabeza en aquellos tiempos en que era inhabitual? Sufrí por mí, por todos, en aquellos instantes tremendos.

—*Rectifique, señor bedel la lista*, indicó con voz seca, firme la mirada.

Así se hizo. Nadie intentó reeditar semejante hazaña, aunque aquella treta había dado sus resultados en otros cursos.

Y es que Herrera educaba para la sinceridad y la responsabilidad. No para la simulación y la irresponsabilidad. La falta era gravísima entre postulantes a la docencia y el procedimiento severo, apelaba únicamente a la reflexión personal. Era un toque de alarma, de cuyo sacudimiento ninguno como nosotros sentimos en carne propia y me atrevo a pensar que también quedó curado el actor innominado.

Sin embargo repudiaba la disciplina fundada en el castigo. Delina Mitre y Vedia de Bastianini, lo testimonia, al recordarle entre 1912 y 1918, con las expresiones que transcribo: *¿Cuántas veces —dícenos— durante el tiempo que fué Rector del Liceo Nacional de Señoritas, observando las formas austeras y al par afables de su trato, oyéndole, en algunos de los breves recreos, conversar con sus profesores con aquella delicada reserva tan peculiar en él y tan llena de sugerencias, observando su actitud, invariablemente tranquila y ecuánime, ante las quejas que nunca faltan en un rectorado, o viéndole pasar desde la cátedra animado de un santo amor de la ciencia las jóvenes alumnas con su palabra cargada de vivificantes estímulos ¡cuántas veces me he dicho, íntimamente conmovida y penetrada de admiración: ¡Ah! si contáramos tan sólo con un centenar de educadores como éste! . . .*²².

Sin embargo repudiaba la disciplina fundada en la violencia y el castigo.

Alguna vez describió la escena de los niños por él presenciada, cuando le tocó actuar en el norte del país, donde alumnos puestos en fila con las dos palmas unidas, recibían en las yemas de los dedos el fierrazo que el maestro les propinaba, porque una falta disciplinaria

²² Ob. cit., pág. 23.

no se individualizaba. Y no sin horror, recordábanos que aún en el Museo de Luján, quedaban palmetas de la etapa de la educación argentina en que reinaba la máxima: *La letra con sangre entra*.

PENSAMIENTO PEDAGÓGICO DE HERRERA

No abundan los escritos doctrinarios, pero su sesudo pensamiento se abre paso en sus artículos como FILODEMUS, vigorosa requisitoria donde pone de relieve cómo el Sr. Ministro *ha falseado los cálculos* presentados al Congreso. El, como Director de la Escuela Normal de Paraná (1903), al par que rectifica las cifras, va trazando el sentido de la formación magistral y el rol que la legión de educadores ha tenido en el proceso cultural argentino desde la primera etapa, hasta ese momento ²³.

La influencia de la Escuela Normal —sostuvo—, ha sido y es trascendental en la sociedad, en el sentido de su progreso, refinamiento y cultura, como lo demuestra aludiendo al influjo plasmador en generaciones de niños que cursan los estudios primarios completos en óptimas condiciones. No solamente se aplica la más novedosa metodología, sino que se vigila la formación moral, intelectual y corporal del educando. Se atiende su integración dentro de una disciplina que incita a la responsabilidad personal, sino que en los ateneos, asociaciones estudiantiles y fiestas cívico-literarias o de caridad, se fomenta el desenvolvimiento del sentido democrático y popular. En ellas no sólo la inteligencia se cultiva, la moralidad es incorruptible, el amor al trabajo, el orden y el progreso son piedras de toque del carácter. En fin, se da una educación severa, provechosa y esa falange de jóvenes aguerridos retornan a sus provincias como hombres de bien y capacitados para actuar con éxito en pro de sí mismos y de la patria.

Su Homenaje a *José María Torres* que fue pronunciado en 1895, en oportunidad del deceso del querido maestro español que se entregó a la tarea de plasmar corazones argentinos, es de impresionante grandeza. Está lleno de sugerencias por el sentido libertador y heroico que asigna a la profesión de enseñar. Es un panegírico de estilo clásico. Pone de

²³ Reproducido en *Actividad Humana*, Dic. 1903, n° XXXI.

manifiesto la eficiencia del héroe civil que en el recinto del aula contribuye a liberar la patria de la esclavitud de la ignorancia, el vicio, la miseria y las luchas fratricidas. Por eso se tornan inmortales, como dijera Pericles de los muertos en Samos por la patria. Un tono amargo va adueñándose del autor, pues quiere recabar para esos héroes anónimos, el mismo reconocimiento de quienes alcanzan gloria en el campo de combate cuando los sorprende la muerte con el arma en la mano. No. No caerá el olvido sobre la tumba de los maestros que dieron su vida por la liberación de la patria, pues José María Torres vivirá en la memoria de sus discípulos, testigos de su entrega de toda una vida para salvar los hijos de la patria de la ignorancia.

Palpita en toda la pieza un sentido apostólico de la tarea de educar y vibra un alma de maestro que sabe de los sacrificios. *Olvidándose de sí mismo, no pensó sino en sus hermanos los hombres, y cuando lo agobiaron los años bajó la pendiente con la serenidad de un estoico y la humildad y la pobreza de un apóstol. El también fue libertador a su manera, porque si no rompió cadenas de dominaciones extrañas, luchó sin tregua por espacio de medio siglo para enseñar a los hombres cómo se emancipa la inteligencia de la ruda opresión de la ignorancia y cómo se salva el carácter de la tiranía de las propias pasiones*²⁴.

En ACTIVIDAD HUMANA, los artículos son numerosos y nos hacen sentir cómo tras el maestro que triunfa en el aula, hay un corazón que palpita al unísono con el del educando y lo acompaña más allá de los muros escolares. Siempre y doquier, la medida ática, el verbo ágil, la hondura en el pensar. Y una sola la directiva: *Progreso*. Avanzar, no detenerse en el camino, como si aún resonaran en sus oídos las palabras lustrales del venerado maestro: *Proseguid jóvenes graduados con paso firme la senda de vuestro perfeccionamiento*... El fue de los enrolados en las huestes de armas invisibles, pero efectivas. Como las espadas cortas de los espartanos llegan al fondo del alma. Ellas, las letras y el saber, trastruecan la ignorancia y el vicio en cultura y virtud. No son mortíferas sino portadoras de progreso y de vida. Sembrar el abecedario, la palabra sabia, la ciencia, el entusiasmo por saber, es siempre siembra maravillosamente fecunda para el porvenir de las naciones.

²⁴ LEOPOLDO HERRERA, *José María Torres*, Biblios cit., pág. 160.

Y, a propósito del pensamiento pedagógico, hay un breve y enjundioso artículo de Don Leopoldo, un poco olvidado, pero en el cual puntualiza las fallas de la enseñanza media, que escrito en 1916 tiene rigurosa actualidad. Casi cincuenta años después, puede ser reeditado nuevamente. Está publicado en ARCHIVOS DE PEDAGOGÍA Y CIENCIAS AFINES²⁵. Dice así: 1º) *Nuestros alumnos aprenden para olvidar; nada hay más efímero en ellos que la memoria de la instrucción recibida* y comenta que el recuerdo se disipa como las sustancias volátiles en la atmósfera. ¿Razones? Se aprenden como si el fin fuera provisorio, esto es recitarlas en clase o para las exigencias de un examen. No establecen lazos que faciliten la evocación.

2º) *Notoria incapacidad para aplicar el saber*. Consideran que los conceptos, leyes, reglas, sólo pueden ser aplicadas en las materias que se los explica y no se les ocurre que en la producción de un fenómeno biológico, puede concurrir la química, la física, las matemáticas. O en la producción de un hecho histórico, factores cósmicos, económicos, sociales.

3º) *Un gran vacío en la carencia de ideas generales*. La atención se diluye en los detalles, sin realizar síntesis. Hay demasiado empirismo analítico, que impide percibir el valor filosófico de ciertos estudios.

4º) *Anarquía mental por la heterogeneidad e incongruencia de enseñanzas*.

5º) *Incertidumbre que domina al bachiller, acerca de su saber*. No tiene justa conciencia de su cultura, pues sus conocimientos están desencuadrados y se entrelazan en una turbia indistinción entre lo fundamental y accesorio.

6º) *La educación que recibe no lo hace dueño ni de su energía mental ni de sus conocimientos*.

7º) *Tampoco logra nuestra segunda enseñanza despertar en la juventud anhelos de perfeccionamiento y coraje para iniciativas personales*.

8º) *No existe ni el ansia de saber ni la voluntad de cada uno de hacerse maestro de sí mismo*. El colegio no le ha sugerido ideales ni armado con métodos que lo habiliten para abrirse camino en la vida²⁶.

²⁵ Archivos de Ciencias de la Educación. La Plata. Epoca II* Marzo, 1916, tomo II, n° 4.

²⁶ Escuela Normal del Paraná, Informe correspondiente a 1899. Paraná, Tip. Joaquín Sors, 1900, pág. II.

¿Cuál de los males apuntados con tanto vigor fue curado? A los casi cincuenta años de publicadas sus observaciones agudas, permanecen en pie con sabor de actualidad. ¿No radica en esas causales invocadas algunas de las razones de esa desorientación vital y profesional de nuestra juventud? ¿Hubiera estallado la crisis social, política, moral e institucional con notas tan agudas de habersele puesto punto final a los males diagnosticados? Herrera, Maestro de Maestros, veía en 1916 como urgentes, reformas fundamentales. Pedía a gritos se saldaran esos males. Sentía en carne viva y sensible malograr la reserva de la patria. Y mientras desde Inspección General colaboraba con Saavedra Lamas, Mercante, Senet en la Escuela Intermedia, que quizás hubiese aminorado el impacto que la educación de la época no pudo detener, no quiso acallar su voz y pronosticó la enfermedad que aquejaba a los jóvenes. Modesto y sabio, avezado conductor de jóvenes, con su rectitud ejemplar, lanzó su "J'acusse". Era impostergable detener la propalación del mal. ¿Por qué no fue oído? Yo nombraría, por lo menos dos razones de fondo, aunque no las únicas: burocracia, rutina.

Con aquella su serenidad y altísima cordura, aleccionado por años de labor docente y su permanente demanda inquisitiva, venía viendo desde 1899 una exigencia básica: No detenerse en el camino. Desde su atalaya de la Dirección de la Escuela Normal, no obstante su fama creciente, el ve indispensable buscar siempre con igual impulso progresista, la manera de mantener al día los métodos y procedimientos. Escuchémosle sostener en el Informe al Ministro desde la Dirección esa idea: *escuela de Experimentación, esta Normal, persigue con empeño el perfeccionamiento de los métodos de instrucción y las prácticas usuales. El criterio que nos guía puede sintetizarse en el grito de Ratic: vetustas cessit, ratio vincit: que el triunfo de la razón mate la rutina*²⁷. Estandarte de innovación, como el del reformador del siglo XVII, es el suyo. Es auténtico propulsor de la educación regulada por los dictados de la razón y de la ciencia nueva. No quiere, como advierte, *el imperio de lo arbitrario y de lo quimérico*.

Por eso, cuando a poco andar constata, tras de su viaje a Europa

²⁷ *La formación del profesorado de Enseñanza Secundaria, Canetti, Pizurno, etc.* Buenos Aires 1914. Y Joaquín V. González: *Universidad Nacional de La Plata, 1905.*

de 1904, que envejece para el siglo XX la estructura de la Escuela Normal, piensa en una Escuela Normal Superior, siguiendo aquella directiva de Torres cuando soñaba con su *Facultad Normal*, y en 1910 estuvo a punto de ver cristalizada su idea, y ser nombrado Director de la nueva institución que sólo vivió un año. Más siempre listo a auscultar la realidad concreta, no pudo permanecer sordo a las crecientes y perentorias demandas de un profesorado secundario más eficiente y especializado y lo veremos colaborar con Keiper, Levene, Mercante, Sennet, Pizzurno y otros, en la idea del Ministro Fernández, que se concretó bajo Joaquín V. González, al inaugurarse el Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires. Mientras tanto colaboraba en La Plata en la Sección Pedagógica, luego transformada en Facultad de Ciencias de la Educación ²⁷.

¿Qué podríamos decir de su brillante actuación en la Legislatura de E. Ríos? ²⁸ ¿Qué tendríamos que agregar del Herrera honrado por la Universidad de La Plata con el título de Doctor Honoris Causa, en mérito a su sabiduría, a su desempeño como catedrático? ¿Qué como Académico de número que hubo de sentarse en el sillón de Alberdi, en tan breve espacio? Sólo nos queda glosar para él, el elogio que pronunciara en honor de su venerado maestro: *El también fue libertador a su manera, porque si no rompió cadenas de dominaciones extrañas, luchó sin tregua por espacio de medio siglo para enseñar a los hombres cómo se emancipa la inteligencia de la ruda opresión de la ignorancia y cómo se salva el carácter de la tiranía de las pasiones*. Pero tenemos que añadir: *La historia ha recogido esta vez el nombre de los que luchan y sucumben silenciosamente en el recinto de la escuela*. Hoy no hemos olvidado la heroicidad de aquellas vidas ejemplares como la de Leopoldo Herrera.

²⁸ En la biografía (presumiblemente de Ernesto Bavio), en *Actividad Humana*, Año III, número XXXI, Paraná, diciembre de 1903, pág. 3, se lee: *En dos períodos ha sido Diputado Provincial de Entre Ríos, desempeñando con altura su misión y dejando rastros de su elocuencia y de su galana oratoria*. Y en verdad los Diarios de Sesiones lo muestran siempre junto a Carbó, empeñado en defender celosamente las iniciativas culturales y respaldar los derechos del pueblo.

